

Por la boca muere el pez

XAVIER ANTICH

LA VANGUARDIA, 12.03.08

O muerde, que nunca se sabe. En todo caso, somos O en parte lo que decimos. Y lo que decimos nos ata. Por eso, lo que decimos nos hace ser lo que somos. Y lo que decimos, en teoría, debería tener que ver con lo que hacemos, aunque no siempre sucede así. Desde los griegos, somos lo que somos, pero también lo que decimos y sobre todo lo que hacemos. Por eso no hay nada más complejo que hacer coincidir nuestro ser, nuestro decir y nuestro hacer. La figura del impostor, que tiene una extraña actualidad entre nosotros, no sólo pretende que no coincidan, sino que se esfuerza para que lo que dice no sea del todo lo que de hecho hace y, sobre todo, lo que en realidad es.

Tal vez por todo ello es fascinante el espectáculo de todo lo que se dice, después de una contienda electoral, cuando algunos de aquellos candidatos que no han dejado de hablar durante las semanas de campaña intentan explicar qué es lo que ha pasado y por qué. Y, sobre todo, cuando algunos intentan, entonces, decir algo respecto a lo que dijeron antes. Algunos, lo sabemos, desaparecen casi en silencio, haciendo mutis por el foro, pronto, excusándose por estar todavía ahí, cuando ya, parece, nadie les escucha. Otros, a veces, se ponen broncos: y, entonces, increpan, al amparo de la nocturnidad, a aquellos que debían haberles escuchado y que, sin embargo, no lo hicieron. Es la hora de los reproches, la más patética de las figuras de una noche electoral. "El electorado no ha sabido ver que...", "nuestro mensaje no se ha entendido...", y cosas por el estilo. Todo, para evitar pensar que, tal vez, lo que dijeron no interesó o no convenció. Todo, para evitar pensar que,

tal vez, lo que fueron y lo que hicieron desmintió ya antes muchas de las cosas que entonces dijeron.

Entre estas reacciones que manifiestan una notable inmadurez política, una se ha prodigado estos días como si fuera un virus. Responsabilizar de los resultados propios a la señora Bipolarización y al señor Voto Útil. Como si la bipolarización fuera una causa remota, y no el efecto palpable de unas opciones que se esfuerzan por ser políticamente irrelevantes. Como si el voto útil no implicara el reconocimiento de que, para muchos, otro tipo de voto era irremisiblemente inútil. Apelando a estos dos señores, como figuras lejanas y trascendentes, casi teológicas, en el fondo, quienes recurren a ellos se descalifican doblemente a sí mismos: como con el anzuelo, cuando más pretenden morder, peor, pues más se hieren. Y así, en el fondo, se hacen del todo incapaces para pensar si lo que hasta entonces dijeron tenía que ver con lo que habían sido y con lo que habían hecho o, por el contrario, su decir creó una especie de ficción tras la que, aunque no se dieran cuenta, pretendían ser de otro modo como fueron o hacer algo distinto de lo que habían hecho. Eso sí que es la pospolítica.